

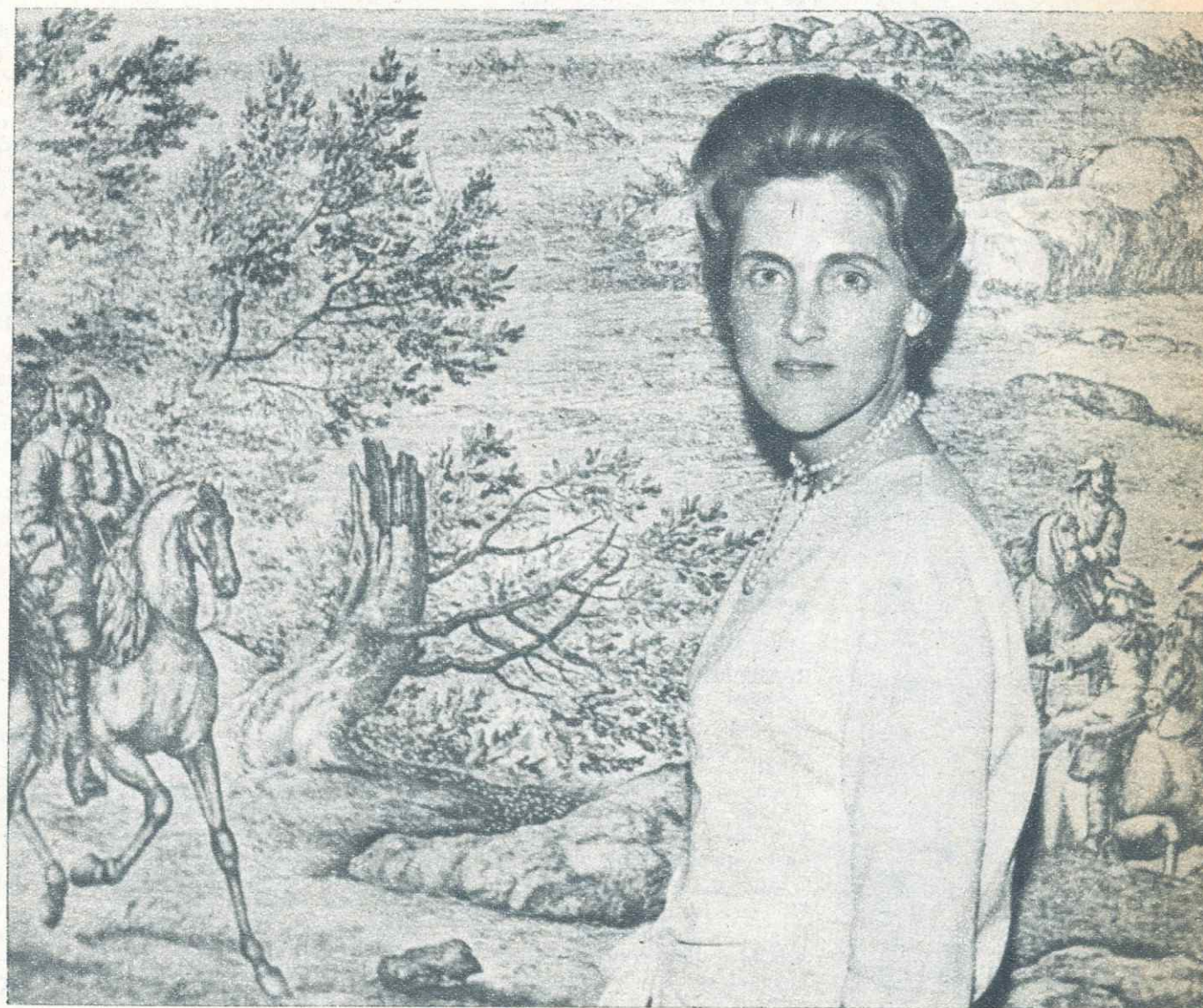
CONCHITA CINTRON

EVOCA SU EPOCA DE REJONEADORA

**Toreó 215
corridas
y sufrió
dos
cornadas**

**Se retiró
de los toros
para casarse
y dedicarse
a su familia**

**Próximamente
publicará
el libro
de sus memorias**



ES alta, rubia, delgada, con un parecido físico que nos recuerda a la princesa de Mónaco, Grace Kelly. Hablamos de Conchita Cintrón, la famosa rejoneadora que viene a Madrid por lo menos una vez al año para presenciar las corridas de la feria de San Isidro.

Once años hace de su retirada de los toros, que abandonó para casarse con Francisco Castello

Branco, un portugués de arrojadora simpatía que parece primo carnal de Luis Miguel Dominguín.

A este conocido matrimonio le encontramos por primera vez en «Navalcaide», finca de Domingo Ortega, en una tienda. Luego nos citamos en el hotel Velázquez, donde tienen su residencia en los días que van a permanecer en Madrid.

Cada tarde, a la salida de los toros, Conchita Cintrón y su marido toman el té en el hotel y se reúnen con un grupo de amigos para comentar las incidencias de la corrida.

—Tengo entendido, Conchita, que tú no eres portuguesa de nacimiento.

—No. Yo nací en Chile, pero a los dos meses me llevaron al Perú y por eso soy peruana.



De aquí salí ya para Méjico, a torear, a los quince años. Mi debut fue para matar dos novillos de la siguiente manera: pie a tierra con el capote, tercio de banderillas a caballo; faena de muleta y muerte del novillo pie a tierra.

Toreo a pie

No hemos tenido ocasión de ver torear a pie a Conchita Cintrón, pero quien la ha visto nos asegura que resultaba prodigioso que una criatura tan femenina como Conchita Cintrón tuviese aquella estampa de torero y torease pie a tierra como un hombre, como una gran figura del toreo, realizando todas las suertes con verdadero arte.

—En España he hecho siempre la tercera parte de lo que solía hacer en América, porque no me permitían echar pie a tierra. Recuerdo que cuando toreaba en Madrid siempre iba al patio de arrastre el alguacilillo para advertirme que no estaba permitido, de ningún modo, que echase pie a tierra, por si se me olvidaba.

Le pregunto que cómo fue el que ella torease.

—En el Perú. Por circunstancias políticas, cuando llegó la República, llegó exiliado a Perú un gran señor portugués: Ruy da Cámara. Puso allá un picadero para enseñar a montar a caballo y yo fui para que me enseñara. En el picadero se reunían aficionados a los toros y a mí me gustaba escuchar, hasta que me aficioné.

Conchita toma una taza de té. Tiene las manos largas, finas, frágiles y resulta difícil hacerse a la idea de que en su vida profesional ha dado muerte con el estoque a toros grandes de enorme poder.

—¿Cuándo viste la primera corrida de toros?

—La primera corrida de toros que vi en mi vida la toreaba yo. Rejoneé y luego vi cómo toreaban Félix Rodríguez y Pepe Gallardo. Pero hay algo más curioso y ello es que rejoneé con catorce años el toro más grande que se toreó en la Plaza de Lima. Esto ocurrió de la siguiente manera: Lo llevaron para la temporada grande, que es como aquí la feria de San Isidro. Era un toro berrendo en negro, que siempre lo dejaban atrás porque desentonaba de los demás.

Conchita Cintrón estira los brazos y dobla los dedos índices como si tuviese dos revólveres y fuese a apretar los gatillos.

expresión muy taurina para referirse al toro.

—Jaime Noaín lo anunció para su beneficio, haciendo constar que era el berrendo en negro el que mataría. Los aficionados se llenaron de curiosidad. Ruy da Cámara me preguntó que si quería rejonearlo yo y le dije que sí. Todavía no distinguía yo el tamaño de los toros. Todos me parecían iguales.

215 corridas

Estuvo en Méjico cuatro años.

—¿Puedes dar un número aproximado de las corridas que toreaste allí?

—Aproximado, no; exacto, sí: 215 corridas. Tres veces maté sola cuatro toros. Hice lo mismo en Bogotá. Tuve mucha suerte porque me dieron seis orejas. También toreé en Colombia, Ecuador, Caracas, Perú...

En 1944 viene a Europa y un año después debuta nada menos que en la feria de Sevilla.

—¿Quién fue tu apoderado?

—Un gran señor y un gran torero que tomó mis poderes: Marcial Lalanda. Entonces llevaba a Pepe Luis Vázquez, que ya era matador de toros, y a Antonio Ordóñez y Manolo Vázquez, que eran novilleros.

En España hubo una verdadera lucha por ver si se autorizaba que Conchita Cintrón torease a pie.

—No fue posible. Toreé a puertas cerradas en Madrid, con Belmonte, Pinohermoso y Domecq. Los tres rejoneadores echamos pie a tierra. También toreé a puertas cerradas en Oropesa y en San Sebastián. Por cierto que no sé por qué razón se dice a puertas cerradas, porque la Plaza estaba llena de público.

Tiene aún la taza de té en la mano. De vez en cuando se vuelve para dirigirse a un amigo del matrimonio para decirle alguna cosa de las que yo le pregunto, consiguiendo así una animada tertulia.

—En Melilla y en Ceuta me autorizaba el general Varela a que echara pie a tierra.

A lo largo de la conversación me doy cuenta de que Conchita Cintrón conoce Madrid y conoce España entera como si hubiera nacido aquí. También conserva su amistad con todos los toreros de su tiempo de profesional: Ortega, Bienvenida, Pepe Luis Vázquez...

—¿Llegaste a torear con «Manolete»?

—Nada más que en tentaderos, donde toreé con todos los tore-

ros que entonces estaban en activo. En Méjico también toreé con Rodolfo Gaona, «Armillita», «El Soldado», Solórzano... ¡Qué sé yo!... Con todos.

Dos cornadas

Viene José María de Cossío, con quien el matrimonio irá por la noche al teatro. Cossío, que no ha podido asistir a los toros por tener un acto académico, le pregunta a Conchita Cintrón por la corrida, y ésta le explica con precisión cómo era la estampa de cada toro y cuáles fueron las particularidades de la lidia.

—¿Tuviste alguna cornada?

—Sí. Tuve dos cornadas, una en Guadalajara (Méjico) y otra en Bogotá.

Francisco Castello Branco me muestra unas graciosas fotografías en las que aparecen los cinco hijos del matrimonio, cuatro niños y una niña. Están tumbados a lo largo de una escalera, con algunos perros de bonita estampa, a los cuales es Conchita Cintrón muy aficionada.

—¿Por qué te retiraste de los toros?

—Me retiré para casarme.

Le pregunto que si sigue haciendo vida campera.

—No. Desde que me casé, los toros se acabaron de manera radical y ni siquiera he vuelto a montar a caballo. Estoy dedicada a la familia.

Gabriel toma algunas fotografías con el fondo y el ambiente admirable del hotel Velázquez.

—¿Qué pena que no tenga alguna fotografía mía con traje campero!

A nosotros también nos parece un poco extraño hacer estas fotografías de Conchita Cintrón con vestido de calle, pues la recordamos todavía con traje campero y sombrero ancho, con aquella figura impar, inolvidable.

Hace algunos meses, siendo secretario del Premio Hemingway de periodismo, recibí un sobre con sellos portugueses. Dentro venían dos recortes de periódicos americanos con artículos de Conchita Cintrón. Me enteré que escribía y, además, que tenía una pluma suelta, fina, graciosa.

—No sabía yo antes que escribías.

—Siempre me ha divertido mucho escribir mis impresiones. Desde niña conservo esa afición a la literatura.

Vocación literaria

Conchita es una mujer sencilla, modesta, natural. No podrá verse jamás en ella un asomo de vanidad ni de pretensión, porque son cosas que la quedan lejos.

—Cuando yo andaba toreando escribía algunas veces las crónicas de las corridas para discutir las luego con la cuadrilla.

También les escribía Conchita Cintrón largas epístolas a los amigos, contándoles cosas de toros.

—Entre aquellos amigos estaba el doctor don Francisco Graña, eminente cirujano, catédrico, hombre de gran personalidad. El empezó a publicar las crónicas que yo le enviaba.

Después, los directores de los periódicos peruanos le pidieron crónicas porque advirtieron que aquéllas eran eminentemente periodísticas y el público las leía y comentaba.

—Como a mi me divierte tanto escribir y además como en casa no tengo con quien hablar de toros, me entretenía escribiendo.

Le pregunto que si no tiene pensado escribir sus memorias, pues hay que tener en cuenta que Conchita Cintrón es la única mujer que ha pasado ya a la historia del toro como gran lidiadora a pie y a caballo.

—Pues sí, mira. He escrito un libro que se titula «Recuerdos», que publicará próximamente la editorial Espasa Calpe. Lo escribí para mis hijos. Por eso lleva al frente una carta dirigida a ellos, explicándoles cómo empecé mi vida hasta casarme.

Salimos a la calle. En la puerta del hotel hay un gran automóvil con la matrícula C. D.

—¿Es tu marido diplomático, Conchita?

—No. Yo tengo la tarjeta diplomática, pues me han nombrado agregada civil a la embajada del Perú en Lisboa, por lo cual pertenezco al Cuerpo Diplomático.

Conchita Cintrón vive al norte de Portugal, a 300 kilómetros de Lisboa. Su residencia está en Aveiro. Allí escribe sus crónicas, que luego publican los diarios americanos, lejos de todo ambiente de toros y toreros, con perspectiva para pensar en diez años atrás solamente, cuando su nombre aparecía en los carteles y en los chiqueros de la plaza había un toro encerrado para que ella lo torease.



Conchita Cintrón con su marido, Francisco Castello Branco